

NACIONALISMO E INTERNACIONALISMO EN LA ARGENTINA DURANTE LA GRAN GUERRA*

María Inés Tato**

Resumo

Durante la Primera Guerra Mundial la Argentina adoptó una política exterior neutralista. Esta decisión del gobierno desató intensos debates y movilizaciones que abarcaron a amplios sectores de la sociedad. Especialmente a partir de 1917 se fueron delineando dos campos enfrentados en la opinión pública: los partidarios del mantenimiento de la neutralidad y quienes impulsaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Esta toma de partido involucró distintas definiciones del nacionalismo y de su vinculación con valores universales como libertad y democracia, así como la postulación de diferentes relaciones con Europa y América.

Palavras-chave

Primera Guerra Mundial; Argentina; nacionalismo; internacionalismo; antiimperialismo.

Abstract

During the First World War, Argentine adopted a neutralist foreign policy. This governmental decision unleashed intense debates and mobilizations that included wide sectors of society. Especially since 1917 two opposed fields were sketched in public opinion: the supporters of neutrality and those who encouraged the breaking-off of diplomatic relations with Germany. This taking sides involved different definitions of nationalism and its links with universal values such as liberty and democracy, as well as different relationships with Europe and the Americas.

Keywords

First World War; Argentine; nationalism; internationalism; antiimperialism.

Introducción

El historiador británico Eric J. Hobsbawm señaló a la Primera Guerra Mundial como el hito que separaba el “largo siglo XIX” iniciado por la Revolución Francesa del “siglo XX corto”, signado por fuertes extremismos ideológicos.² El conflicto puso fin a la *belle époque* europea, derrumbó las expectativas optimistas de progreso ilimitado y de perfeccionamiento paulatino de la civilización occidental, e inauguró una nueva era de incertidumbre y de hondos cuestionamientos a los pilares económicos, sociales, políticos e ideológicos de la sociedad burguesa. En el plano de las ideas, tuvo como principales manifestaciones la crisis del liberalismo, la difusión del comunismo tras el estallido de la Revolución Rusa, y la explosión del nacionalismo, que hizo de esta cruenta contienda un verdadero plebiscito de la idea de nación.³

En América Latina las repercusiones del conflicto excedieron ampliamente el ámbito económico y abarcaron también las reflexiones de las elites acerca de la identidad nacional, marcando en algunos casos un punto de inflexión, aun cuando estas cuestiones recién comienzan a ser exploradas por la historiografía.⁴

En el caso argentino, los estudios sobre el desarrollo del nacionalismo por lo general se han focalizado en torno del Centenario de la Revolución de Mayo y, especialmente, hacia comienzos de la década de 1930.⁵ Sin embargo, entre 1914 y 1918 la sociedad argentina protagonizó intensas movilizaciones y debates acerca de la posición que debía adoptar el país ante el conflicto, en los que subyacían, a menudo de manera vaga y tácita, interpretaciones diferentes acerca de la argentinidad y de sus deberes concomitantes. El presente trabajo se propone recuperar la incidencia de la Gran Guerra en el devenir del nacionalismo, centrándose en esas diferentes concepciones de la nación que se fueron delineando en el transcurso de la contienda.

La Argentina y la guerra

El estallido de la guerra suscitó un notable activismo de la sociedad argentina, que históricamente se hallaba ligada al continente europeo por vínculos comerciales, culturales y demográficos. En efecto, en la segunda mitad del siglo XIX el proceso de modernización económica y social de la Argentina se apoyó en la abundante afluencia de capitales y de mano de obra procedentes de Europa.⁶ Precisamente en 1914 el Censo Nacional de Población daba cuenta de que el 29,9% de la población argentina estaba constituido por extranjeros; de ese porcentaje, el 40,6% eran italianos y el 36,3% españoles, seguidos a bastante distancia por los rusos, los franceses, los sirio-libaneses, los austro-húngaros, los ingleses y los alemanes. La presencia de los inmigrantes en la sociedad argentina era aun

más marcada en los centros urbanos, al punto de que la población de la ciudad de Buenos Aires, capital de la república, contaba en el año del desencadenamiento de la Gran Guerra con un 49,3% de extranjeros.⁷

En consecuencia, no ha de resultar sorprendente que las primeras movilizaciones sociales en apoyo de los países beligerantes fueran protagonizadas por las colectividades de inmigrantes y por sus hijos, muchos de los cuales se enrolaron como soldados voluntarios al servicio de la patria de sus ancestros. Sin embargo, también abundaron las manifestaciones pacifistas y las actividades solidarias en favor de los soldados y de las víctimas civiles de la guerra, emprendidas por ciudadanos argentinos, incluyendo el enrolamiento de cientos de jóvenes como soldados voluntarios en los ejércitos aliados.⁸ Los intelectuales y los principales medios de prensa adoptaron tempranamente posturas definidas frente a la guerra,⁹ pero no fue sino hasta 1917, cuando la opinión pública expresó resueltamente sus simpatías por uno u otro de los bandos contendientes.

¿Qué hizo de 1917 un verdadero parteaguas en el posicionamiento de la opinión pública argentina frente a la guerra? Puede considerarse que, por entonces, confluyeron dos situaciones que se combinaron dramáticamente. Por un lado, en febrero de ese año los Estados Unidos decidieron romper relaciones diplomáticas con el Imperio Alemán a raíz del hundimiento del barco *Lusitania* en el marco de la guerra submarina sin restricciones iniciada por Alemania para interrumpir el abastecimiento de los países aliados. En abril, los Estados Unidos entraron formalmente en guerra con los Imperios centrales e iniciaron una campaña que, bajo el lema del Panamericanismo, trató de sumar a las naciones latinoamericanas al esfuerzo bélico de los Aliados, estrechando el margen de autonomía de aquéllas en materia de política internacional. El objetivo de esa iniciativa consistía en lo inmediato en garantizar en forma exclusiva el abastecimiento de los Aliados y el aislamiento comercial de los Imperios Centrales, alterando el balance de fuerzas entre los dos bandos en lucha, y en el mediano plazo en fortalecer su presencia económica en la región. Esta operación coincidió con un episodio que hizo de la guerra un acontecimiento más cercano para la Argentina: el hundimiento del vapor *Monte Protegido* por submarinos alemanes, al que seguirían dos meses después el de las naves *Oriana* y *Toro*. De este modo, el surgimiento de un frente externo de conflicto se acrecentó con las presiones diplomáticas norteamericanas, con la continuidad de las intimidaciones británicas sobre el comercio interno (manifestadas en la política de “listas negras” aplicada contra las empresas de capital alemán)¹⁰ y con el creciente desconformismo de buena parte de la sociedad con respecto a la política exterior adoptada hasta entonces por el gobierno argentino.

Al momento de desencadenarse la guerra, el presidente en ejercicio era el conservador Victorino de la Plaza, sucedido por el radical Hipólito Yrigoyen en 1916 tras las primeras

elecciones presidenciales celebradas en base al voto universal, secreto y obligatorio. A pesar de los orígenes políticos disímiles de estos mandatarios, ambos llevaron adelante un idéntico manejo de las relaciones exteriores del país, basado en el mantenimiento de una rigurosa neutralidad. Esta política se correspondía con la tradición diplomática argentina y, al mismo tiempo, se orientaba a preservar las relaciones comerciales con todos los países envueltos en la contienda.¹¹ Sin embargo, los acontecimientos reseñados más arriba generaron renovados cuestionamientos al comportamiento del gobierno, aun cuando éste inició prontamente las reclamaciones diplomáticas del caso frente al Imperio Alemán.

En septiembre de 1917 el frente interno que debió encarar Yrigoyen se complicó aún más tras la difusión del texto de varios telegramas dirigidos al *káiser* por el conde de Luxburg, ministro alemán en la Argentina, que fueron interceptados por los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. En ellos el diplomático alemán se expresaba de manera ofensiva con respecto al presidente argentino y a su ministro de Relaciones Exteriores, y sugería al emperador proceder en adelante a hundir naves argentinas “sin dejar rastro”. Asimismo, aludían a la promesa verbal de Yrigoyen de que en adelante éstas no se adentrarían en del área de exclusión establecida por el Imperio alemán, con lo cual el gobierno se había comprometido de palabra a ajustarse a sus condiciones.¹² Estas revelaciones transfiguraron la naturaleza de las movilizaciones sociales que venían desarrollándose desde 1914; éstas adquirieron una dosis mayor de politización al combinar el alineamiento frente a los sucesos internacionales con el posicionamiento interno frente a la política exterior del gobierno radical. A lo largo del país, la opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables: los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los neutralistas) y los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los rupturistas o aliadófilos). Ambas facciones mantuvieron ásperos debates en los medios de prensa y protagonizaron masivas movilizaciones que tuvieron como escenario los espacios públicos más destacados de las principales localidades del país, en las que no estuvieron ausentes los enfrentamientos violentos.

Entre los intelectuales y políticos que sostuvieron la causa de la neutralidad se contaron Ernesto Quesada, Alfredo Colmo, Juan P. Ramos, Calixto Oyuela, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Belisario Roldán, Coriolano Alberini y Estanislao Zeballos. Los rupturistas, por su parte, reconocían como líderes a Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Ricardo Güiraldes, Carlos Alberto Leumann, Pedro Miguel Obligado, Alfonso de Laferrère, Alberto Gerchunoff y Alfredo L. Palacios.

Los neutralistas

La posición del presidente Yrigoyen se enmarcaba sin dudas en los lineamientos seguidos hasta entonces por la diplomacia argentina. No obstante, también respondía a sus convicciones nacionalistas, manifestadas en la búsqueda de una alternativa al panamericanismo postulado desde Washington. Luego de producida la ruptura de relaciones de los Estados Unidos con Alemania, hubo varias iniciativas de diversos países latinoamericanos neutrales para concertar una posición en común independiente de la auspiciada por los Estados Unidos y defender sus intereses comerciales. Yrigoyen convocó en marzo de 1917 a una conferencia de naciones latinoamericanas, apoyada por México, a realizarse en Buenos Aires a principios de 1918, pero el ritmo de la guerra la frustró a medida que, bajo la presión norteamericana, Latinoamérica fue abandonando la neutralidad. Así, el nombre de la conferencia fue cambiando para adaptarse a esa realidad: de “Congreso de Neutrales” pasó a ser denominada “Congreso de Paz”, “Congreso Comercial” y “Congreso de las Naciones de América”.¹³ En los hechos, permanecieron neutrales, además de la Argentina, Chile, Colombia, México, Paraguay, El Salvador y Venezuela.¹⁴

A pesar del fracaso de esta empresa, la posición oficial del gobierno radical se mantuvo invariable al igual que la polarización de la sociedad, aun cuando Yrigoyen adoptó algunas medidas –como el convenio de comercialización de la producción agrícola suscripto con los países de la Entente– y formuló declaraciones públicas que dejaron traslucir su inclinación por los Aliados (tendencia caracterizada por algunos autores como “neutralidad benévola”).¹⁵ No todo el partido oficialista comulgaba con la postura del primer mandatario, pero terminó imponiéndose la disciplina partidaria, que acalló los cuestionamientos abiertos de la tesitura presidencial. Por el contrario, las redes sociales del radicalismo y su vocero, el diario *La Época*, actuaron acérrimamente a la hora de sumarse a la campaña de apoyo a la política gubernamental, expresada en mítines masivos y en la suscripción de numerosos telegramas de adhesión reproducidos diariamente en la prensa.

Sin embargo, el campo neutralista no se circunscribió al radicalismo sino que abarcó a sectores muy heterogéneos de la sociedad argentina, embanderados con la causa neutralista por motivaciones muy disímiles.

Entre ellos se destacaron algunos sectores del Partido Socialista (PS), que priorizaron el internacionalismo clasista y sostuvieron la neutralidad en tanto consideraron que la guerra era el resultado de la competencia de las potencias capitalistas en su estadio imperialista de desarrollo. Sin embargo, aunque era dable esperar tal comportamiento en función de los principios de la doctrina socialista y de los postulados de la Segunda

Internacional, el PS experimentó fuertes controversias internas en torno de esta cuestión, al igual que sus pares europeos, que –con la excepción del PS Italiano– determinaron al triunfo de la nación por sobre la clase.¹⁶ Aunque en abril de 1917 un Congreso Extraordinario del socialismo argentino había aprobado una declaración que establecía que la agrupación debía propender al mantenimiento de la neutralidad, en septiembre la representación parlamentaria del PS, encabezada por Juan B. Justo, votó una resolución favorable a la ruptura de relaciones con Alemania. La reacción de los neutralistas no se hizo esperar: abandonaron la agrupación y a comienzos de 1918 fundaron el Partido Socialista Internacional, devenido luego en Partido Comunista, de hecho el primero en su género en América Latina.¹⁷

Además de la premisa clasista, los socialistas partidarios de la neutralidad habían suscripto en dicho Congreso una declaración instando a que el PS –y su órgano periodístico, *La Vanguardia*– “encuadre su conducta en la defensa de la efectividad de nuestro comercio internacional”, dado que en caso contrario “se paralizaría la vida económica del país, y se afectarían la libertad de los mares y los ideales políticos que persigue la democracia socialista.”¹⁸ Esta argumentación que destacaba la necesidad de proteger los vínculos comerciales del país también era ardientemente sostenida por los sectores ligados al comercio agroexportador, que temían que un pronunciamiento categórico del gobierno en favor de uno de los bandos contendientes pudiera afectar la continuidad de las actividades comerciales en el corto o mediano plazo. Cabe destacar que esa previsión no era infundada: hacia 1913 las cifras del comercio exterior argentino mostraban un incremento notable de los intercambios con Alemania, seguida por el Reino Unido.¹⁹ La salvaguarda de los vínculos comerciales con todos los países beligerantes sería precisamente el *leit-motiv* del Comité por la Libertad del Comercio, que afirmó en su manifiesto fundacional que “la República Argentina no debe embarcarse en una aventura internacional o por mejor decir entrar por simple simpatía a favor de uno de los dos grandes grupos de beligerantes de la tragedia europea” y que “el país necesita trabajar, debe abastecer al mundo, si es posible, con la tranquilidad de la paz y la libertad de comercio”.²⁰

Por otra parte, entre los neutralistas también se contaban algunos intelectuales deslumbrados por la cultura germánica, que se ajustaban sin dificultad al rótulo de “germanófilos” con el que los partidarios de los Aliados sindicaban en general a los neutralistas. Un exponente emblemático de esta corriente fue Ernesto Quesada. Por entonces Profesor de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras y Académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Profesor de Economía Política de la Universidad de La Plata, Fiscal de Cámara, Director de la Academia Argentina de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española, su formación intelectual europea,

moldeada a la par de la carrera diplomática de su padre, Vicente Quesada, evidenció una profunda impronta de la cultura alemana.²¹ En ese sentido, sus intervenciones acerca de la guerra destilaron una intensa admiración por el Estado y por la sociedad alemanes, expresada especialmente en su trabajo *La actual civilización germánica y la presente guerra*, donde repasó los logros alemanes en diversas ramas del quehacer cultural y económico, desmintiendo la dicotomía entre civilización y barbarie levantada por los aliadófilos.

De todos modos, la fundamentación de su inclinación por la neutralidad revestía otras facetas de interés. A su juicio, la guerra le había sido impuesta a Alemania por sus rivales comerciales, especialmente por Gran Bretaña, en función de consideraciones económicas y geopolíticas. En ese aspecto, desmintió con vehemencia las versiones propaladas por la prensa aliada, que atribuía a Alemania pretensiones de expansión territorial en Sudamérica, especialmente en Brasil, Argentina y Chile, a partir de sus colonias de residentes. Por el contrario, enfatizó las ambiciones políticas de los Estados Unidos: “De los tres grandes rivales que se disputan los mercados latino americanos solo, pues, los Estados Unidos adelantan propósitos políticos, no en el sentido de conquista territorial, sino en el de una especie de tutela innominada o de alto protectorado diplomático”.²² A lo largo de su trabajo, Quesada puso de manifiesto un fuerte sentimiento antinorteamericano, común en las élites particularmente tras la guerra hispano – norteamericana de 1898, que culminó en la independencia de Cuba y que dio nuevos bríos al hispanismo en tanto mecanismo de neutralización del imperialismo norteamericano.²³ Indudablemente, este sentimiento iba a hallar un eco más amplio en la coyuntura de 1917, en el marco de la mencionada campaña de presiones del gobierno norteamericano sobre las naciones de América Latina.

El antinorteamericanismo de Quesada era una manifestación del fuerte antiimperialismo que afloró en ocasión de la guerra. En efecto, su crítica no se limitó al expansionismo norteamericano, sino que alcanzó asimismo a otras potencias europeas:

Alemania jamás ha pretendido desempeñar papel político en América: en cambio, Inglaterra se ha posesionado, durante el siglo XIX, de diversos territorios americanos, como, p. e., en lo que hoy es Honduras británica, en las islas Malvinas, etc., trató vanamente de conquistar a la misma Argentina en 1806 y 1807, y ha ejercido presión diplomática y militar en diversos estados latino-americanos; Francia, con la tentativa del imperio de Maximiliano, intentó la conquista de México, entre ambas – Francia e Inglaterra – trajeron varias intervenciones armadas al Río de la Plata, en la época de Rosas; los Estados Unidos, en sus sucesivos avances sobre México, le han arrebatado California, Texas, y han recibido a Puerto Rico como despojo de una guerra, ejerciendo el protectorado sobre Cuba y Panamá.²⁴

Desde sus mismos orígenes, este antiimperialismo estuvo íntimamente vinculado con un acendrado hispanismo, que se vio reforzado en el marco de la Gran Guerra por la

opción de España por una política neutralista.²⁵ La antigua metrópoli era colocada a partir de su actitud diplomática en el sitio de paradigma que la Argentina debía emular. En palabras del poeta Belisario Roldán, gran orador que divulgó los principales tópicos de los neutralistas, incluyendo el antiimperialismo, involucrar al país en la guerra era “una aventura quijotesca que la propia patria del Quijote ha sabido eludir hasta la fecha”.²⁶

Los rupturistas

El campo rupturista era bastante variopinto desde la perspectiva de las adscripciones partidarias pero, en cambio, mucho más homogéneo en la fundamentación de su postura ante el conflicto que el campo neutralista. En efecto, la causa aliadófila congregó tanto a netos opositores del gobierno radical (conservadores, demócrata progresistas, socialistas) como a dirigentes del oficialismo. Varios ministros del gabinete de Yrigoyen, al igual que el ministro argentino en París, Marcelo T. de Alvear, simpatizaban con la causa aliada, aunque por su posición como funcionarios no cuestionaron abiertamente la política presidencial. Asimismo, en las dos cámaras del Congreso hubo radicales que votaron una declaración favorable a la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania.

Pero a pesar de su militancia política dispar, a los rupturistas los unía el consenso en torno de la caracterización de la Gran Guerra y de su adhesión a los Aliados. A diferencia de los neutralistas, concebían a la contienda como un enfrentamiento cultural y moral y no como una simple colisión de intereses materiales. Ello implicaba la identificación de las potencias aliadas con la civilización occidental y los valores de la democracia y de la libertad, y de Alemania con la barbarie y el despotismo. Los rupturistas destacaban además, entre los móviles de su solidaridad, la ancestral vinculación de la Argentina con las potencias aliadas:

en nuestro ideal sobre la guerra, coinciden contra Alemania el pasado, el presente y el porvenir de nuestra patria: el pasado con las fuentes de nuestra raza y nuestra cultura de orígenes latinos; el presente con sus intereses políticos y económicos vinculados a todos los pueblos de la alianza; el porvenir con sus ideales de justicia, o sea la causa de las nacionalidades, de las democracias, de las libertades civiles²⁷

Indudablemente la identificación con los Aliados – y especialmente con Francia – en la coyuntura crítica de la guerra hundía sus raíces en la marcada francofilia de la elite. A la hora de diseñar una identidad nacional supletoria de la colonial, la clase dirigente que construyó el Estado nacional tras la guerra de independencia y las luchas civiles del siglo XIX, se inclinó – como en la mayoría de los países latinoamericanos – por filiarla con modelos culturales alternativos al español. Desde el último cuarto del siglo XIX y hasta bien entrada la Primera Guerra Mundial, el paradigma por excelencia fue el francés, en

función de la identificación con los principios ideológicos de la Revolución Francesa y con las instituciones republicanas.²⁸

Por otra parte, los aliadófilos también inscribían sus combates dentro de la lucha contra el imperialismo, aun cuando éste no era identificado con los Estados Unidos – como era corriente hasta entonces dentro del horizonte ideológico liberal –. Contrariamente, éstos fueron reivindicados a partir de su declaración de guerra contra Alemania y elevados a la condición de paradigma a emular por el resto del continente, en una posición claramente favorable al panamericanismo impulsado desde Washington.²⁹ El imperialismo era atribuido exclusivamente a la coalición de las Potencias Centrales, por lo cual el antiimperialismo de los aliadófilos se reducía a la denuncia de “la ambición de hegemonía pretoriana mundial del imperialismo alemán, asociado a otros dos imperios carcomidos, de historia negra por su absolutismo y por el ensañamiento de sus persecuciones tradicionales”.³⁰

Así como algunos partidarios de la neutralidad enfatizaban los perjuicios económicos que acarrearía al país su decantamiento por uno u otro de los bandos en pugna, los aliadófilos destacaban las posibles desventajas que depararían al comercio argentino las eventuales represalias que los Aliados podrían aplicar a la Argentina tras la finalización de la contienda.³¹

Su posición frente al conflicto presentaba dos dimensiones confluyentes. Por un lado, expresaban una reacción típicamente nacionalista ante los episodios bélicos que involucraron directamente a la Argentina. En ese sentido, afirmaban que si hasta el hundimiento de las naves de bandera argentina era posible defender la neutralidad del país ante una guerra que parecía distante, la coyuntura abierta por la guerra submarina hacía insostenible esa posición. Como lo enunciaba el poeta Ricardo Rojas –uno de los adalides del rupturismo–, “no se trata ya de optar entre los aliados de Francia y los aliados de Alemania. La guerra submarina nos transformó de espectadores en actores de la tragedia. Lo que antes fue emoción deportiva o polémica filosófica, se convirtió bruscamente – por voluntad de Alemania – en conflicto moral y episodio de nuestra propia historia.”³² La ruptura de relaciones aparecía en consecuencia como la única respuesta al orgullo nacional herido; todo aquel ciudadano que no compartiera esta noción básica del patriotismo quedaba clasificado automáticamente en el bando germanófilo,³³ incluyendo al propio presidente de la nación.³⁴

Por otro lado, los rupturistas exhibían un nacionalismo de corte cosmopolita, basado en su identificación con valores universales (libertad, democracia) compartidos con los países que los encarnaban. Citando nuevamente a Rojas, la causa argentina era “la misma que acaban de inscribir en sus banderas de guerra la Francia de los derechos del hombre, la Inglaterra de la Carta Magna, la Rusia de la revolución antizarista, la Italia del papado

vencido, el Portugal de los Braganzas derrocados, la Unión Americana de la constitución federal.”³⁵ Este cosmopolitismo era evidente en sus actos públicos, definidos por la profusión de colores proporcionada por la multitud de banderas argentinas y de los países aliados que eran enarboladas, y por los sones del Himno Nacional Argentino, de la Marcha Real italiana, de la Marsellesa y de la Marcha Garibaldina que eran entonados por las bandas de música. Este perfil de los mítines públicos contrastaba con el exteriorizado por las manifestaciones neutralistas, que adoptaban un perfil netamente local: en los actos se permitía únicamente la portación de banderas argentinas y de banderas blancas, así como la entonación del Himno Nacional argentino y de otras marchas patrióticas. Compensaban esa austeridad con carteles alusivos a sus convicciones: “Mejor vivir en la patria que morir por el extranjero”, “La guerra es un crimen, y sin causa es una locura”, “No somos germanófilos ni aliadófilos, somos argentinos”, “Nosotros queremos velar por la grandeza de nuestro país”, “Queremos la paz, el orden, el trabajo y la grandeza”, “Nuestro peligro no está en Europa”, “Queremos neutralidad. Abajo la guerra”.³⁶

A modo de balance

El estallido de la Gran Guerra dio nuevos bríos al nacionalismo cívico. La contienda provocó una inédita movilización y un activo compromiso de los ciudadanos de las distintas naciones europeas, que apoyaron la actividad belicista de sus respectivos Estados en tanto éstos apelaron a la patria en peligro para legitimarla. La guerra se convirtió así en la prueba por excelencia de la virtud cívica: *Pro Patria mori* fue el lema de los millones de ciudadanos involucrados en la contienda, tanto en los frentes de lucha como en el frente civil que sostuvo material y moralmente el esfuerzo bélico de los soldados.

En el caso de la Argentina, la guerra también despertó profundas pasiones nacionalistas y movilizó a vastos sectores de la sociedad tras la causa nacional, definida de manera disímil según los neutralistas y los rupturistas. La contienda desatada en la opinión pública por la apropiación de la idea de nación revela los avances del proceso de construcción de la ciudadanía iniciado en 1912 con la llamada “ley Sáenz Peña”, que estableció la universalidad del sufragio masculino junto con su obligatoriedad y secreto. Los ciudadanos que se movilaron para reclamar al gobierno la adopción de una política exterior determinada lo hicieron movidos por la convicción en sus derechos de participación en la vida pública y, al mismo tiempo, por un arraigado sentimiento nacionalista, evidenciando el éxito de las campañas de pedagogía cívica puestas en práctica desde la década de 1880 por un Estado en plena formación.³⁷

A la hora de definir la identidad nacional, tanto los rupturistas como los neutralistas recurrieron a la ineludible referencia a Europa que, como ha señalado François-Xavier

Guerra, fue universal y permanente entre las elites latinoamericanas durante todo el siglo XIX hasta por lo menos la Primera Guerra Mundial. El vínculo con el Viejo Continente generó una conciencia de doble pertenencia, que concibió a las sociedades latinoamericanas como variedades específicas del modelo cultural occidental.³⁸ En el caso que nos ocupa, el establecimiento de filiaciones con modelos europeos no fue unívoca, sino que reconoció referentes diversos.

Los rupturistas asumieron sin reservas la etiqueta de “aliadófilos” que les impusieron sus contendientes en el debate público. El concepto de nación que manejaban era tributario de la noción de “crisol de razas” que acompañó a partir de 1880 la construcción del Estado nacional. Según esta imagen, la cultura argentina era el resultado de la mezcla, de la fusión, de la amalgama de los elementos nativos con los aportes de los inmigrantes.³⁹ Desde esa perspectiva, el nacionalismo no era incompatible con el internacionalismo, sino que, por el contrario, se engarzaba y reafirmaba en el contacto con otras nacionalidades en función de valores universales como la libertad, filiada con la emancipación nacional, y como la democracia, conquistada plenamente a partir de 1912. Como símbolo de esos valores, Francia concitaba principalmente la solidaridad de los rupturistas, como lo evidenciaba el alistamiento de soldados voluntarios argentinos en el ejército francés.⁴⁰ Pero también reivindicaban a otros países aliados, dando cuenta de la coexistencia de otros modelos culturales y/o políticos complementarios, como el régimen liberal británico o el republicanismo estadounidense.⁴¹

En el caso de los neutralistas, la defensa de la nación pasaba principalmente por el mantenimiento de la equidistancia frente a los conflictos de los países beligerantes y por el sostenimiento de la autonomía decisoria en materia de política internacional, precisamente en momentos en los que se acentuaban las presiones intervencionistas de Estados Unidos y Gran Bretaña sobre el gobierno argentino. En líneas generales, como sin dudas lo ilustra la política desplegada por Yrigoyen, ese nacionalismo se enlazó con el antiimperialismo. En esta coyuntura, frente a la nueva embestida del panamericanismo impulsado por los Estados Unidos, el presidente radical pretendió levantar una alternativa autónoma de los países latinoamericanos que bien podría ser catalogada de hispanoamericanismo, una variante del hispanismo que – como hemos visto – estaba ampliamente extendido entre los intelectuales y políticos desde el cambio de siglo. El hispanoamericanismo implicaba el reconocimiento de una comunidad cultural de origen, formada por España y sus antiguas colonias, y al mismo tiempo una comunidad de destino, identificada con Latinoamérica como un colectivo. Prueba concluyente de la afinidad cultural de Yrigoyen con la antigua metrópoli la proporciona el decreto del 4 de octubre de 1917 por el cual el 12 de octubre – fecha en la que se conmemora el descubrimiento de América por Cristóbal Colón – fue instituido como Día de la Raza.⁴²

Asimismo, es dable reconocer entre los neutralistas la fuerte impronta de otro modelo cultural alternativo: el alemán. Aunque sin duda no tuvo entre la elite argentina la aceptación que suscitó el paradigma francés, la influencia de Alemania fue muy marcada entre algunos grupos en función de su formación profesional: tal fue el caso de juristas, médicos y militares.⁴³

A partir del examen de las cuestiones abordadas en este trabajo, se imponen varias conclusiones. Las disputas entre neutralistas y rupturistas mostraron la naturaleza intrínsecamente controversial de la construcción de identidades nacionales y la inmensa capacidad de las consignas nacionalistas de generar pasiones y movilizar a la sociedad. La construcción de la argentinidad encerraba en todos los casos una conexión internacionalista, en la medida en que remitía a modelos culturales externos, fuera el francés, el español o el alemán. En ese sentido, lejos de presumir la incompatibilidad entre nacionalismo e internacionalismo, se afirmaba su emparentamiento.

Por otro lado, la Gran Guerra dio empuje a algunas corrientes de ideas que cobrarían un mayor vigor a partir de la década de 1930. Tal fue el caso del antiimperialismo, que, alimentado por el descrédito político de la llamada “década infame”, se difundió extensamente en todo el arco político, desde la izquierda a la misma derecha nacionalista, y del hispanismo, que adquirió mayor predicamento a partir de la guerra civil española y de la experiencia franquista, asociándose a las derechas.

Por último, la polarización política e ideológica entre “aliadófilos” y “germanófilos” (según la terminología que ambos campos utilizaban en sus contiendas cotidianas) en que se dividió la opinión pública argentina en este período anticipó los enfrentamientos que reaparecerían con una virulencia aun mayor en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

Recebido em Março/2008; aprovado em Maio/2008.

Notas

* Doutora em História, Universidad de Buenos Aires. Pesquisadora do CONICET - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

² HOBBSAWM, Eric J. *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1995.

³ FURET, François. *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 52.

⁴ COMPAGNON, Olivier. “1914-18: The death throes of civilization. The elites of Latin-America face the Great War”. En MACLEOD, Jenny – PURSEIGLE, Pierre (eds.). *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies*. Leiden, Brill Academic Publishers, 2004.

⁵ A título de ejemplo, TRONCOSO, Oscar. *Los nacionalistas argentinos: antecedentes y trayectoria*.

Buenos Aires, SAGA, 1957; IBARGUREN, Federico. *Orígenes del nacionalismo argentino, 1927-1937*. Buenos Aires, Celcius, 1969; NAVARRO GERASSI, Marysa. *Los nacionalistas*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969; ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, tomo I; BARBERO, María Inés – DEVOTO, Fernando. *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, CEAL, 1983; MCGEE DEUTSCH, Sandra. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1986; BUCHRUCKER, Cristián. *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; MCGEE DEUTSCH, Sandra – DOLKART, Ronald. *The Argentine right: its history and intellectual origins, 1910 to the present*, Wilmington, Scholarly Resources Books, 1993; ROCK, David. *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires, Ariel, 1993; PIÑEIRO, Elena. *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*, Buenos Aires, A-Z Editora, 1997; ROCK, David et al. *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001; SPEKTOROWSKI, Alberto *The origins of Argentina's revolution of the right*. Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 2003. Otros estudios remontan el tratamiento del tema a las últimas décadas del siglo XIX (BERTONI, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; LVOVICH, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones B, 2003) o al período de entreguerras, enfatizando en este caso el impacto del proceso de democratización sobre el desarrollo del nacionalismo (DEVOTO, Fernando J. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002).

⁶ Acerca de este proceso, cfr. los clásicos de GALLO, Ezequiel – CORTÉS CONDE, Roberto. *Argentina: la república conservadora*. Buenos Aires, Paidós, 1995, y de CORTÉS CONDE, Roberto. *La formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

⁷ VÁZQUEZ PRESEDO, Vicente. *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914*. Buenos Aires, Eudeba, 1979, pp. 125 y 94.

⁸ Sobre el activismo social suscitado por la contienda, véase TATO, María Inés. “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”. En MOREYRA, Beatriz I. – MALLO, Silvia C. (editoras). *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*. Córdoba, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” - Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC) - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2008.

⁹ HALPERIN DONGHI, Tulio. “Ecos de la guerra”. En Estudio Preliminar de *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires, Ariel, 2000; SIEPE, Raimundo. *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*. Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 63-64.

¹⁰ Acerca de esta política a nivel continental, véase DEHNE, Phillip. “From ‘business as usual’ to a more global war: the British decision to attack Germans in South America during the First World War”. En *Journal of British Studies* n° 44, julio de 2005.

¹¹ LANÚS, Juan Archibaldo. *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*. Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 51-52.

¹² WEINMANN, Ricardo. *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*. Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 129-130.

¹³ WEINMANN. *Op. cit.*. Pp. 109 y 117; LANÚS. *Op. cit.* Pp. 87-89.

¹⁴ LANÚS. *Op. cit.* P. 88.

¹⁵ WEINMANN. *Op. cit.* Pp. 143-144.

¹⁶ Acerca de esta cuestión, véase JOLL, James. *The Second International, 1889-1914*. Londres, Routledge, 1974, cap. VII.

¹⁷ WALTER, Richard J. *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*. Austin, Institute of Latin American Studies – The University of Texas at Austin, pp. 143-145.

¹⁸ “Asuntos internacionales”. En *La Prensa*, 18/04/1917.

¹⁹ LANÚS. *Op. cit.* Pp. 113-114.

²⁰ “Asuntos internacionales”. En *La Prensa*, 30/09/1917.

²¹ Para una semblanza de Quesada y su formación intelectual, consúltese TERÁN, Oscar. “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”. En *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. *Derivas*

de la "cultura científica". Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. Sobre su relación con la cultura alemana, véase DUVE, Thomas. "El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada". En *Revista de Historia del Derecho* n° 30, 2002.

²² QUESADA, Ernesto. *El "peligro alemán" en Sud América*. Buenos Aires, Talleres Gráficos de Selin Suárez, 1915, p. 32.

²³ TERÁN. *Op. cit.*, p. 207.

²⁴ QUESADA, El "peligro alemán"..., *op. cit.*, p. 53.

²⁵ Al respecto véase ROMERO SALVADÓ, Francisco. *España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

²⁶ ROLDÁN, Belisario. Discurso citado en "En favor de la neutralidad". En *La Prensa*, 25/04/1917.

²⁷ ROJAS, Ricardo. "La hora del destino". En *La guerra de las naciones*. Buenos Aires, La Facultad, 1924, pp. 25-26.

²⁸ ROLLAND, Denis. "L'Amérique a cessé de regarder vers l'Europe?" La France, un modèle qui s'efface en Amérique latine". En LEMPÉRIÈRE, Annick et al. *L'Amérique Latine et les modèles européens*. París, L'Harmattan, 1998.

²⁹ BARROETAVERÑA, Francisco A. "Discurso del Dr. F. A. Barroetaveña". En AAVV. *La Argentina ante la guerra*. Buenos Aires, Otero & Co., 1917, pp. 16-19.

³⁰ BARROETAVERÑA. *Op. cit.* P. 10.

³¹ GERCHUNOFF, Alberto. "La diplomacia del Sr. Irigoyen". En: *El nuevo régimen*. Buenos Aires, Otero y García, 1918, pp. 90-91.

³² ROJAS, Ricardo. "La voz del atalaya". En *La guerra de las naciones, op. cit.* P. 38.

³³ ROJAS. "La hora del destino", *op. cit.*, p. 21.

³⁴ GERCHUNOFF, Alberto. "La moral del Sr. Irigoyen". En *op. cit.*, pp. 53-55.

³⁵ ROJAS. "La hora del destino", *op. cit.*, p. 26.

³⁶ "En favor de la neutralidad". En *La Prensa*, 25/04/1917.

³⁷ Sobre la importancia de la educación y de los rituales cívicos en la construcción de la legitimidad política estatal, cfr. HOBBSBAM, Eric. "Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914". En HOBBSBAM, Eric – RANGER, Terence (eds.). *The invention of tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1996; y MOSSE, George L. *La nacionalización de las masas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. Acerca de este punto en el caso argentino, véanse SOLBERG, Carl. *Immigration and nationalism. Argentina and Chile 1890-1914*. Austin-Londres, University of Texas Press, 1970, pp. 145-152, y BERTONI. *Op. cit.*, caps. II y III. Sobre la construcción del estado nacional en la Argentina, véase OSZLAK, Oscar. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

³⁸ Según GUERRA, las elites "se consideraban a la vez americanas por su nacimiento y su pertenencia nacional, y europeas por su origen y su cultura. ¿Cómo podría ser de otra manera si, hasta en las primeras etapas de la Independencia, obtuvieron su prestigio y su predominio social de su condición de europeas, descendientes de aquellos que habían conquistado y poblado el Nuevo Mundo?" (GUERRA, François-Xavier. "Introduction". En LEMPÉRIÈRE. *Op. cit.* P. 4).

³⁹ Sobre esta cuestión, véase TATO, María Inés. "Del crisol de razas a la Argentina desintegrada: un itinerario de la idea de nación, 1911-1932". En *Historia y Política. Ideas, Procesos y Movimientos Sociales* n° 17, enero – junio de 2007.

⁴⁰ SOIZA REILLY, Juan José. "Almonacid". En *Hombres luminosos*. Buenos Aires, Vicente Matera, s/d.; SUX, Alejandro. *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latino-americanos a la causa de los Aliados*. París, Ediciones Literarias, 1918.

⁴¹ ROLLAND. *Op. cit.* P. 415.

⁴² Véanse los considerandos del decreto en *Documentos de Hipólito Yrigoyen*. Buenos Aires, Senado de la Nación, 1986, pp. 162-163.

⁴³ WEINMANN. *Op. cit.* P. 64; WHITE, Elizabeth. *German influence in the Argentine army, 1900 to 1945*. New York, Garland Publishing, 1991.